



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOBRE LA
UNIVERSIDAD Y LA EDUCACIÓN

Didriksson T., A. (2020).
Ante la pandemia, evitar reproducir la desigualdad
social y educativa.
En H. Casanova Cardiel (Coord.), *Educación y pandemia: una
visión académica* (pp. 154-163). Ciudad de México:
Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de
Investigaciones sobre la Universidad y la Educación.

ANTE LA PANDEMIA, EVITAR REPRODUCIR LA DESIGUALDAD SOCIAL Y EDUCATIVA

Axel Didriksson T.

No hay un escenario seguro frente a la actual pandemia provocada por la COVID-19. Se le vea por el lado social o por el económico, por la respuesta de la ciencia o de la educación, del personal de salud o tan sólo por las acciones de gobierno, todo lo que se conocía tendrá que revisarse a fondo y ver lo que se viene.

No obstante, es innegable que quienes más la padecen son los pobres, los trabajadores que viven al día, quienes no cuentan con protección laboral o de salud alguna. En su gran mayoría son los jóvenes quienes tienen que hacerse cargo de las precarias condiciones de la familia o deben cumplir con las absurdas tareas de un sistema de salud y educativo que no piensa en ellos. También son los estudiantes que no tienen acceso a una computadora o que sus teléfonos móviles no tienen el crédito suficiente para tomar las horas de clase que les están imponiendo.

El mayor cuidado y en donde debe de enfocarse, de forma articulada e integral, una respuesta de las políticas públicas para que no se agraven los actuales niveles de desigualdad es en los dos sistemas sociales más grandes que

tiene el país: el de salud y el de educación. Ambos se ven afectados por la actual crisis económica que ha provocado la generalización, mundial y nacional, de la COVID-19. En este sentido, es evidente que no habrá una solución verdadera, en el corto y mediano plazos, con tan sólo equipar física y humanamente al sector salud, ni con las clases a distancia en el sector educativo. Se requiere una estrategia económica y de aprendizaje social que parta de la garantía de un salario universal para los trabajadores y de la organización de un sistema educativo paralelo al formal.

El confinamiento de los más desfavorecidos no podrá sostenerse en el tiempo. Si no se les ofrece una solución desde un Estado social, los trabajadores y los estudiantes tendrán que decidir entre salir de sus casas o entrar en circuitos clandestinos y de violencia. Para ello, se requiere que se aplique un régimen fiscal con mayores impuestos hacia el sector de los más ricos para orientarlos hacia la sanidad y la educación. No hay opción distinta.

Un problema de dimensiones globales necesita también soluciones globales

La COVID-19 no se gestó en México, se propagó, como en muchos países del mundo, por la globalización, por la facilidad de viajar de un lado a otro, por el comercio de bienes y servicios, por la concentración en megalópolis (Lee, 2020) y por las relaciones humanas cotidianas, que en cascada reprodujeron a un ínfimo protagonista microscópico que sigue infectando a millones de personas por la vía de minúsculas partículas de saliva.

El virus llegó tarde a México y las medidas que se tomaron también fueron indolentes. Por ejemplo, el cierre temporal de escuelas ocurrió cuando casi todo el mundo ya lo había implementado (UNESCO, 2020), con la pésima iniciativa de poner todo lo peor del sistema rígido y tradicional de las clases presenciales en línea o en televisión, sin reflexionar sobre lo que tanto se ha mencionado en las investigaciones educativas respecto de las limitaciones de reproducir el esquema formal en uno masivo informal. A ello se debe agregar que tampoco se han analizado ni se han tomado medidas para evitar profundizar la desigualdad escolar y social, porque más de 50 por ciento del total de los estudiantes en el sistema educativo nacional no cuenta con las herramientas, lugar de estudio, accesibilidad, conectividad de calidad o con alguna posibilidad de continuar con sus clases fuera de las aulas.

Tampoco se han tomado medidas con respecto a la crisis económica (que durará más que la pandemia) provocada por el confinamiento y la recesión mundial y nacional, que abarca a enormes sectores de la población, sobre todo los que viven en el mercado informal (que son más de los que cuentan con un trabajo en activo) (Foladori y Delgado, 2020), y que el FMI ha considerado como de mayor impacto que la de 1929 y el BM como una crisis más profunda que la de 2008.

De acuerdo con un artículo de Thomas Piketty publicado en *Le Monde*, esta crisis económica y social será larga, y afectará de manera importante a los países en desarrollo, que son los que no cuentan con condiciones para enfrentarla, dados sus precarios sistemas de salud y su profunda desigualdad económica. Según dicho autor, la extensión del confinamiento, en este estado de cosas, requerirá un verda-

dero Estado social y no uno carcelario, dado que se prevén estallidos sociales radicales ante el desempleo y la pobreza generalizada (su frase es: “la certeza es que apenas comienzan los grandes trastornos político-ideológicos”). Ante ello, propone, en el ámbito mundial, una moneda común y orientar las inversiones al servicio de un proyecto de desarrollo fundado en la juventud y en las infraestructuras, un registro financiero internacional para gravar a los grandes capitales y poder lograr el mejoramiento sanitario y educativo que beneficie a todos los habitantes del planeta.

Guillermo Foladori y Raúl Delgado Wise plantean dos escenarios: el inicio de una fase posneoliberal de desarrollo capitalista, o la génesis de un proceso de transición hacia otro régimen de organización social (2020: 147).

La propuesta que ha sido apoyada por la ONU, impulsada por el representante de México ante este organismo, el doctor Juan Ramón de la Fuente, ex rector de la UNAM, insiste en las soluciones de colaboración compartida y solidaria para evitar la mercantilización de las vidas y de los sistemas de salud ante la pandemia. Lo mismo están haciendo los grupos de médicos cubanos, muchas ONG y otras naciones. Esto da cuenta, así sea en tendencia, de que sólo una solución global, desde una nueva fase de organización social y económica, podrá evitar la profundización de la desigualdad que ha empezado a alcanzar niveles nunca antes vistos, tanto en México como en otros países del mundo, inclusive en aquellos considerados como desarrollados.

En este sentido, la UNESCO se ha manifestado de muchas maneras, articulando la misma condición imbricada de educación-pandemia-crisis económica, y por ello ha reorientado el trabajo de sus oficinas nacionales y regionales

para dar prioridad a las acciones en favor de los sectores más vulnerables y desfavorecidos, y facilitar la continuidad de la educación para todos a través del aprendizaje remoto, aunque no únicamente, dadas las amplias brechas digitales entre los países.

Para la educación superior, el Instituto para la Educación Superior en América Latina y el Caribe (IESALC) de la UNESCO está impulsando un proyecto de reflexión regional sobre el papel de las instituciones de educación superior frente a la actual pandemia, poniendo énfasis en las condiciones de vida y estudio de millones de alumnos que han ingresado de manera abrupta a una dinámica no planificada de clases a distancia, que afecta su cotidianidad en el hogar y con sus familias, sus gastos, pero sobre todo el desarrollo de sus capacidades de aprendizaje y, en algunos casos, su estancia en otras universidades o su movilidad internacional.

El IESALC alerta sobre aquellos que no cuentan con las condiciones de calidad y continuidad en sus estudios, y que pueden ser un sector que vea frustradas sus aspiraciones académicas y deserten o entren en una situación de rezago, dado que la educación a distancia requiere contar con una alta conectividad y que ésta sea de calidad, cuando el uso generalizado de teléfonos móviles aún es limitado y no se cuenta con la capacidad y el espacio requeridos, y esto afecta, sobre todo, a las poblaciones más pobres, rurales, indígenas o de existencia precaria urbana o semiurbana.

En el caso de México, de acuerdo con datos recientes, 56 por ciento de los habitantes no cuentan con conectividad ni con computadora; estas condiciones sólo las tiene 19 por ciento de la población de bajos ingresos, mientras

que en los estratos socioeconómicos más altos el porcentaje asciende a 89.7 por ciento. Incluso, sólo 17 por ciento de los estratos más bajos cuenta con un aparato de televisión (Villanueva, 2020).

A futuro, para el IESALC, el panorama que dejará la crisis sanitaria y educativa incidirá de manera profunda en las instituciones de educación superior, dado que implicará prepararse para un regreso a clases en una crisis económica, de recesión y con recortes en la inversión pública, al mismo tiempo que requerirá preparar iniciativas de inclusión, de igualdad educativa y de no discriminación, lo cual significa “atender las necesidades pedagógicas, económicas y también emocionales de aquellos estudiantes con mayores dificultades para continuar su formación en modalidades no tradicionales” (UNESCO, 2020: s. d.).

También enfatiza que en el periodo que se avecina después de la pandemia, la apertura de clases deberá de contar con nuevas medidas sanitarias, que generen seguridad, por ejemplo, distancia entre las bancas, en reuniones de grupo, asesorías, etcétera. Dichas medidas tendrán que organizarse pensando en un tiempo de larga duración y desde condiciones no previstas (por ahora no existentes), para asegurar “esquemas de continuidad formativa” (UNESCO, 2020: s. d.) que deberán plasmarse en modelos distintos de enseñanza-aprendizaje.

La pandemia desde lo nacional

Cuando aún se podían discutir estrategias, políticas y el desarrollo de experiencias, de innovaciones pedagógicas y de

gestión de los conocimientos, de las ciencias, de las humanidades, del arte, de las ciencias sociales y la tecnología, nos cayó el chubasco de la infección. La SEP decidió apostarle a la educación a distancia y por televisión, a las evaluaciones en línea, al cierre de escuelas y a mantener un ciclo escolar semiarreglado, sin pensar que se había legislado, apenas hace muy poco, una reforma educativa que permite la transformación del sistema educativo con iniciativas de gran calado y visión, para mejorar la equidad socioeducativa; promover la innovación y realizar mejoras pedagógicas sustanciales; impulsar una nueva gestión de la política pública; movilizar a los millones de maestros e investigadores con los que cuenta el país, como una fuerza para impulsar la reforma educativa (como lo mandata el nuevo artículo 3.º constitucional), y empezar a construir “la nueva escuela mexicana”. Las crisis siempre son espacios que permiten generar oportunidades. Pero no, se decidió reproducir el sistema escolar *tardío* de clases en aula, pero ahora en línea y en televisión.

La reforma al 3.º constitucional creó un organismo para impulsar esta capacidad crítica y transformadora: la Comisión Nacional para la Mejora Continua de la Educación. ¿Alguien conoce lo que este órgano ha impulsado, propuesto u organizado desde todas sus comisiones (tiene una técnica, por ejemplo) para “mejorar” la educación o impulsar los cambios que se requieren en el sector magisterial para enfrentar la crisis sanitaria y educativa? Hasta ahora, es como si no existiera.

Conclusiones

Para finalizar, se considera que, en el sistema educativo de México, el régimen académico, ahora y frente al nuevo escenario que se viene, no debe estar sostenido por clases, ni por esquemas meramente formales y rígidos, tampoco debe ser sólo a distancia, sobre todo cuando se sabe que, en su gran mayoría —como se ha señalado antes—, los estudiantes pobres no cuentan con las condiciones para realizar tareas y clases de ese tipo. Los que tienen computadoras en sus casas, internet, teléfonos inteligentes, bibliotecas y facilidades para disponer del tiempo necesario para llevar a cabo sus tareas, son una minoría en el país.

Lo que ha cambiado con la pandemia —y dicho cambio será aún más profundo después de ésta— es el conocimiento. Lo que no se pudo prever, los paradigmas que se creían suficientemente desarrollados, la tecnología que se creía que todo lo podía hacer en un clic, los grandes laboratorios, las universidades que pensaban que contribuían con gran certeza en un nuevo desarrollo nacional, regional o mundial... todo se ha trastocado.

La SEP y las universidades deben de organizar un nuevo sistema de aprendizaje social que proporcione materiales de estudio de todo tipo (casa por casa); entregar laptops de forma masiva (hay algunas muy baratas que pueden conseguirse); que las compañías de telefonía móvil, comenzando por Telcel, otorguen, de forma gratuita, la capacidad y el tiempo aire necesarios a los estudiantes (ya se sabrá cómo controlar esto, por supuesto); diseñar y promover *software* accesible para toda la población escolar, que impulse una educación lúdica, entretenida, constructivista, con acceso a

libros, revistas, bancos de datos y bibliotecas de todo tipo; abrir todos los canales de televisión con programas de contenido educativo y cultural; organizar una línea telefónica masiva de profesores para consultas de los estudiantes de todo tipo y nivel; desterrar la idea de que quien no haya cubierto sus clases a distancia será reprobado cuando la pandemia esté controlada, y eliminar todo tipo de exámenes.

Todo esto urge. Ojalá que se pueda entender que estamos en un periodo de enorme incertidumbre, que requiere de un amplio consenso, sensibilidad social y decisiones a la altura de las circunstancias actuales, y evitar que durante el tiempo que dure esta calamidad, e incluso después, el país tenga más pobreza y desigualdad. Ésta es la gran tarea educativa y de aprendizaje que deben promover las universidades. El tiempo para llevar a cabo estos cambios será largo, pero la educación es permanente y para toda la vida.

Referencias

- Foladori, Guillermo y Raúl Delgado Wise (2020), “Para comprender el impacto disruptivo del COVID-19, un análisis desde la crítica de la economía política”, *Revista Migración y Desarrollo*, vol. 18, núm. 34, primer semestre, pp. 139-156.
- Lee, Vernon, Marc Ho, Chen Wen Kai, Ximena Aguilera, David Heymann y Annelies Wilder-Smith (2020), “Epidemic preparedness in urban settings: new challenges and opportunities”, *The Lancet*, 27 de marzo, <<https://doi.org/10.1016/S1473-3099>>, consultado 20 de abril, 2020.

Piketty, Thomas (2020), “Eviter le pire”, *Le Monde*, 14 de abril, <<https://www.lemonde.fr/blog/piketty/category/en-francais/>>, consultado el 23 de abril, 2020.

UNESCO (2020), *Señal+*. *Boletín de la Oficina Regional de la UNESCO para la Ciencia en América Latina y el Caribe*, abril, <[Htts://mailchi.mp/cce61e4015f7/boletn-seal-newsletter-seal-3885101](https://mailchi.mp/cce61e4015f7/boletn-seal-newsletter-seal-3885101)>, consultado el 20 de abril, 2020.

Villanueva, Dora (2020), “Aflora brecha social ante urgente educación y trabajo *on line*”, *La Jornada*, 22 de abril.